

año antes de proveer de agua también desde allí a la ribera derecha del Tíber (1).

La completa apertura del Agua Félix efectuóse en 1589 en la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora. En este día, que Sixto V había elegido como devoto que era de la Madre de Dios, se dió el agua por primera vez a todas las fuentes (2). Este momento lleno de importancia lo ha ensalzado poéticamente Torcuato Tasso con magníficos versos, en los cuales describe cómo el agua desde la profunda oscuridad sube por caminos ocultos a la luz del sol, para ver la Roma dominadora del mundo, como la contempló en otro tiempo Augusto (3).

En el corto tiempo de tres años había Sixto terminado una obra que competía con las de los Césares y le aseguraba para todos los tiempos una memoria gloriosa en la Ciudad Eterna (4). Todavía hoy goza Roma el beneficio del gran Papa. El Agua Félix da diariamente 21 000 metros cúbicos y alimenta 27 fuentes (5). Bajando de las alturas de Palestrina, cruza, en gran parte debajo tierra, la Campaña, para pasar por encima de la carretera que lleva a Frascati, junto a la llamada Puerta Furba, una construcción enteramente peculiar, que propiamente ni es arco ni puerta (6); junto a Santa Cruz desemboca en el Muro Aureliano, el cual lleva su canal por encima de la Puerta de San Lorenzo. Aquí en grandes arcos pasa la carretera y sigue el curso de las antiguas Agua Marcia, Tépula y Julia. Los restos del curso común de estos tres acueductos se utilizaron en éste. Después que el Agua Félix ha vuelto a hacerse subterránea en la villa Montalto, alimenta la fuente que hay junto a Santa Susana, y abastece con su agua no solamente las alturas de Letrán hasta el Pincio, sino también las otras partes de la ciudad hasta el Capitolio (7).

(1) V. los *Avvisi de 26 de septiembre de 1587 y 1.º de junio de 1588, Urb., 1055, p. 370, 1056, p. 222, *Biblioteca Vaticana*.

(2) *Hieri per il giorno della Madonna fu data l'acqua Felice a tutte le fontane di Roma, che erano preparate a riceverla, facendo bellissima riuscita per la gran calata che evi et si condurrà anco in Trastevere. Avviso de 9 de septiembre de 1589, Urb., 1057, p. 549^b, *Biblioteca Vaticana*.

(3) Tasso, Opere, II, 560.

(4) Juicio de Ranke (I⁸, 310). Cf. Gotheim, I, 312. Gualterio (*Ephemeres, *Biblioteca Victor Manuel de Roma*) llama al acueducto un opus paene immensum.

(5) V. Ranke, loco cit.

(6) V. Orbaan, Sixtine Rome, 15. Cf. Tomassetti, I, 85 s. y Pastor, Sixto V, lámina 3.

(7) Cf. Fulvio-Ferrucci, 86.

Lo que significaba el Agua Félix lo resumió Fontana con palabras entusiastas. Dice que las partes altas de Roma están ahora igualadas a las bajas respecto del agua. Que con grandísima generosidad el Papa ha puesto a disposición de los conventos, de los cardenales y de los nobles, para sus viñas y huertos el agua necesaria. Que en los parajes hasta entonces abandonados se comienza ahora a edificar, de suerte que allí nace una nueva Roma, en cuyos jardines la corte, los cardenales, los nobles y el pueblo podían tener lugar de veraneo (1).

Si animó a Sixto V un gran sentimiento de su dignidad para conseguir llevar a feliz término una obra tan difícil y útil, es esto muy comprensible, pues el recobro de los collados era para Roma una de las mayores conquistas desde la antigüedad, un triunfo del papado (2). Durante siglos la actividad arquitectónica se había limitado a los terrenos bajos de la orilla del Tíber, porque a las partes altas de Roma faltaba lo más importante, el agua. Ahora por primera vez podían los romanos utilizar las ventajas de estas alturas: aire puro y fresco y perspectivas magníficas. Mientras se concedía a la ciudad una ulterior posibilidad de extenderse, recibió también sus grandiosos jardines, que le dieron una belleza enteramente peculiar hasta las destrucciones del siglo XIX (3). Los sentimientos que llenaban al Papa después de la terminación del Agua Félix, se expresan en las inscripciones todavía hoy visibles, cuyo estilo lapidario no es inferior al de las del tiempo de los emperadores (4). En la Puerta Furba dos tablas, entre las cuales está colocada una cabeza de león, el animal del escudo del Papa, anuncian a los que van a Roma y a los que salen de la ciudad, cómo Sixto V para volver a dar vida a los collados desiertos y por eso insalubres (5) había juntado las aguas y llevádaslas en parte bajo tierra, las cuales ahora, conducidas por encima de estos arcos, afluyen a su residencia. Dentro de los muros, junto a la puerta de San Lorenzo, una gran inscripción hace resaltar que el acueducto corre siete millas por la superficie de la tierra sobre arcos y trece millas por debajo de tierra, y que fué

(1) Fontana, I, 436.

(2) V. Orbaan, loco cit., 15, 19.

(3) Cf. Gotheim, I, 312. Más en particular se hablará de esto al tratar de Paulo V.

(4) Cf. Tomassetti, Quinto centenario dei Marmorarii di Roma, Roma, 1906, 18.

(5) Cf. Arch. Rom., XXXVI, 137, nota 1.

erigido a costa de Sixto V (1). Todavía son más características las inscripciones y declaraciones que se leen en el gran depósito de agua que el Papa hizo construir en la plaza que hay junto a Santa Susana (2).

Mientras las fuentes romanas anteriores muestran el tipo elegante de las fuentes en forma de cáliz o cántaro (*cantharus*, copa, con asas de bastante altura y profundidad), Fontana emprendió aquí perfeccionar de una manera grandiosa la fuente mural. Corresponía por entero al espíritu de su comitente el que en esta construcción dedicada ante todo al bien de la vecindad recordase al mismo tiempo la significación eclesiástico-simbólica del agua y erigiese el depósito en forma de una gran fachada de iglesia o, si se quiere, de un enorme altar (3). Cuatro columnas jónicas antiguas dividen la pared de travertino en tres nichos; en el de en medio está la figura poderosa, pero por desgracia demasiado reducida de Moisés, el cual tocando la roca con su vara, hace salir a sus pies la fuente que brota agua en abundancia. Cuando Baglione cuenta en sus vidas de artistas, que el autor de esta estatua, Próspero Antichi, murió de pena por el defecto de su obra (4), no se conforma con la verdad, pues Antichi vivió todavía hasta enero de 1592 (5). La estatua de Moisés, que dió su nombre a la fuente, denota bien la cambiada dirección del tiempo: en el Renacimiento se habría elegido un Neptuno. A ella corresponden en los nichos laterales dos altorrelieves con escenas del Antiguo Testamento: «Aarón lleva al pueblo sediento a la fuente que nace milagrosamente en el desierto», de Juan Bautista della Porta, y: «Gedeón escoge sus soldados cuando bebían agua», de Flaminio Vacca (6). Las tres corrientes de agua que salen del zócalo de estas esculturas, se precipitan a otros tantos pilones.

(1) Las inscripciones en Fontana, I, 43^b-44. Los gastos según Fontana (I, 43) subieron a 270 000 escudos (cf. Bertolotti, *Artisti Suizzeri*, Roma, 1886, 13 ss.). Concuera con esto la *relación de Gritti de 16 de junio de 1587, según la cual se gastaron hasta entonces 250 000 escudos (*Archivo público de Venecia*). Los datos más altos, hasta un millón, son exageraciones.

(2) V. Letarouilly, II, 231; Magni, *Barocco in Roma*, 17.

(3) Cf. H. Semper, *Sobre fuentes monumentales y fontanas en la Zeitschr. des bayr. Kunstgewerbevereins*, 1891, 57, 65. V. también Riegl, *Arte barroco*, 131; Guidi, *Fontane*, Zurigo, 1917, 67 ss.

(4) Baglione, 41. Cf. *ibid.*, 86 sobre la parte que tuvo Leonardo da Sarsana en la estatua. El plan de la estatua es mencionado en julio de 1587; v. Orbaan, *Avvisi*, 299. Fué pagada en septiembre de 1588; v. *Arch. Rom.*, II, 232.

(5) V. Thieme, I, 555.

(6) Baglione, 68; *Arch. Rom.*, II, 232; Bertolotti, *Artisti Lomb.*, I, 220.

Éstos están separados por leones que arrojan agua por la boca: los dos egipcios se tomaron del Panteón, y los otros dos, medioevales, de Letrán (1).

La impresión de las finas dimensiones de esta construcción es perjudicada por desgracia por el ático demasiado pesado (2), cuya parte media corona el escudo del Papa sostenido por ángeles y sobre él la cruz que se levanta sobre tres pequeños montes, mientras que a cada uno de los lados está colocado un pequeño obelisco. Como el león se refiere al escudo de Sixto V, así los tres montes a su lugar de nacimiento Montalto. La inscripción del ático da en breves rasgos la historia de la obra; dice que el Papa Sixto de la Marca de Ancona había reunido las abundantes fuentes del territorio de los *Colonnas* sito a la izquierda de la carretera de Preneste y conduciéndolas por medio de un acueducto sinuoso en una extensión de 22 millas desde el nacimiento de las mismas y 20 millas desde el embalse. Que el acueducto llamado por su nombre de pila se había comenzado en el primer año de su pontificado y terminado en el tercero (3).

La conservación del Agua Félix ocupó a Sixto V todavía en los últimos años de su vida. El 19 de febrero de 1590 propuso a los cardenales reunidos en consistorio una bula que obtuvo general aprobación (4). En este notable documento da el Papa por decirlo así una justificación de su empresa, calificada por los unos de imposible, y por los otros de excesivamente costosa (5). Fúndase en el principio de que Roma, el asiento del Papa, el centro de la religión cristiana, la patria común de los fieles y el seguro amparo de los suyos de todas las naciones, había de gozar de ventajas no sólo espirituales, sino también temporales. Dice que por eso desde el comienzo de su pontificado había cuidado de las necesidades de los habitantes y procurado levantar la ciudad con restauraciones y

(1) Cf. Lanciani, IV, 158.

(2) V. Escher en el *Léxico artístico* de Thieme, XII, 176.

(3) V. Fontana, I, 45. Cf. *Arch. Rom.*, II, 231. Varias medallas conmemorativas de la fuente Félix pueden verse en Bonanni, I, 402 s. Debajo de la pintura de la fuente Félix en la Villa Montalto estaban estos hermosos versos:

Currite felices felici principe fontes,
Nulla Quirinali notior unda jugo.

V. Massimo, *Notizie*, 130.

(4) V. *Acta consist. en el *Cód. Barb.*, XXXVI, 5, III, *Biblioteca Vatic.*

(5) La bula, *Supremi cura regiminis*, en el *Bull. Rom.*, IX, 177 s.

nuevas construcciones para gloria de Dios y de la Santa Sede. A continuación se explica cómo las partes altas de la ciudad habían estado en la antigüedad llenas de palacios, teatros y termas espléndidas y maravillosos acueductos y honradas más tarde en la época cristiana con basílicas e iglesias, pero que luego, después que los acueductos en parte fueron destruidos por los bárbaros, y en parte se hundieron por efecto de la antigüedad y de los temporales, habían quedado enteramente desiertas. Prosigue diciendo Sixto V, que este estado de cosas, que perduraba ya desde hacía siglos, le había excitado tanto más su atención, cuanto las partes bajas de la ciudad densamente pobladas eran poco sanas y estaban expuestas a frecuentes inundaciones del Tíber. Que para hacer de nuevo habitable el paraje de los collados, notable por su excelente aire y hermosa situación, había sido necesario traer agua suficiente. Que ni la dificultad de la empresa, ni la cuantía de los gastos le habían podido retraer de ello.

La bula como para explicar las inscripciones, cuyas expresiones se repiten literalmente, da luego una historia circunstanciada de la fundación del Agua Félix. Después de esta introducción danse ordenaciones para la conservación de esta grande obra. Confíase el cuidado de la misma a la Congregación de cardenales instituida en 1587 para los negocios de las aguas, caminos y puentes, a la cual se le conceden todas las facultades necesarias y se le asignan también fondos correspondientes. Fuera de esto, determinó el Papa, que cada año se han de elegir dos ciudadanos de Roma, los cuales cada trimestre tienen que someter a un menudo reconocimiento las fuentes y acueductos. El resultado debe comunicarse a la Congregación de cardenales y por ésta al Papa. Siguen una serie de particulares prescripciones para conservar y resguardar el Agua Félix de todo perjuicio o ensuciamiento, finalmente el señalamiento de graves penas contra todos los contraventores.

La bula sobre el Agua Félix menciona también los trazados de nuevas calles ideados por Sixto V, los cuales debían servir en parte para el mismo fin de volver a dar vida a las partes altas de la ciudad que estaban desiertas.

Sin embargo eran principalmente motivos religiosos los que guiaban al Papa en su radical mudanza de la forma urbana de Roma: quería facilitar a los peregrinos el acceso a las célebres basílicas y otras iglesias situadas fuera del terreno poblado. La visita

a las siete iglesias principales había recibido nuevo impulso principalmente por la actividad de San Felipe Neri; practicábase muy frecuentemente no sólo por los forasteros, sino también por los romanos (1). Para fomentar esta devoción dió Sixto V un paso importante. Por bula de 13 de febrero de 1586 ordenó ante todo que las solemnidades conocidas con el nombre de Estación (2), en que tenía parte la capilla pontificia, descuidadas enteramente desde el siglo XIV, las cuales sólo se practicaban todavía en San Pedro, se renovasen también para las otras seis iglesias principales, para lo cual la iglesia de San Sebastián demasiado apartada en la Vía Apia se reemplazó por Santa María del Pueblo. En la bula dice el Papa expresamente, que para facilitar la ida a la venerable basílica había ya abierto calles anchas directas (3). Un fresco de la Biblioteca Vaticana (4) muestra la nueva Roma a vista de pájaro. Aquí se reconoce claramente la idea que dominaba la regulación urbana de Sixto V: «Una enorme red de calles, que une entre sí las antiguas y venerables iglesias principales de Roma con perspectivas visibles desde lejos, se extiende sobre toda la ciudad, y señálanse los puntos de enlace de una manera intuitiva con la erección de obeliscos. Es el pensamiento de dar a Roma la forma del más grandioso lugar de peregrinación de toda la cristiandad el que constituye la base del amplio programa arquitectónico relativo a la ciudad» (5).

El espíritu de la restauración católica, que se manifestaba en todos los terrenos, fué el que dió el impulso a esta gran transformación de la *Roma aeterna*, la cual ahora se presentaba exterior-

(1) Cf. nuestros datos del vol. XIX.

(2) Se entienden bajo este nombre las procesiones de rogativas dispuestas en otro tiempo más en particular por San Gregorio Magno, las cuales en ciertos días se dirigían a determinadas iglesias, en las cuales se celebraba luego una misa solemne.

(3) V. Bull. Rom., VIII, 663 s. Cf. también Gualterio, *Ephemerides, Biblioteca Victor Manuel de Roma. La bula de 13 de febrero de 1586 se publicó el 15; cf. *Diarium P. Alaleonis, donde se hace notar como res nova, que el Papa en este día había anunciado: Dominica proxima, quae prima erit in quadragesima, sacram stationem celebrabimus apud S. Mariam de Populo, ut quae pia devotione precamur, eiusdem Dei Genitricis suffragantibus meritis et intercessionibus impetrare valeamus (Barb. 2814, Bibl. Vaticana). Cf. la oración panegírica de Panigarola característica en aquel tiempo sobre la renovación de las Estaciones en Berthier, S. Sabine, Roma, 1910, 89 s.

(4) Cf. más abajo, p. 189, nota 4.

(5) D. Frey en la p. 43 del tratado citado arriba, p. 159, nota 1.

mente, la tercera vez en el curso de su larga historia, como la capital de un mundo (1).

Ha de designarse como una fortuna especial el que el Papa para la ejecución de sus vastos planes en orden a dar un nuevo aspecto a Roma pudiese poner a su servicio a un hombre de tan extensos conocimientos como Domingo Fontana. Éste ya en la construcción de la Villa Montalto se había mostrado maestro en la creación por su punto de término o de partida de perspectivas amplias y causadoras de impresión. Lo que había ejecutado en aquella quinta en pequeña medida, podía ahora probarlo en cosas mayores. El mérito del Papa está en haber admitido lleno de inteligencia todos los planos de su consejero nombrado arquitecto general (2) y hecho posible con su pasmosa energía su ejecución en el breve tiempo de cinco años.

Roma en lo esencial había sido hasta entonces una ciudad medioeval, de planta irregular, con calles muy tortuosas, que se dividían formando grandes esquinas, y por lo común estrechas, a las que faltaban aire y sol (3). Este carácter medioeval se había conservado en lo esencial todavía hasta la mitad del siglo XVI, como lo muestra el célebre Panorama del flamenco Marten van Heemskerck del año 1536 (4). Torres de castillo cuadradas, dotadas de troneras y coronadas de almenas, como se dejaban ver en otro tiempo en todas las moradas de los aristócratas, especialmente de los cardenales, se elevaban al cielo en muchos sitios. La mayor parte de las iglesias tenía aún sus campanarios medioevales. Las pocas cúpulas del tiempo de Sixto IV a causa de lo bajas que eran, apenas sobresalían. También las más de las casas eran de poca altura; pero entre ellas se elevaban ya en todas partes los palacios del Renacimiento, y delante de todos el nuevo Vaticano y la Cancelaría. En la construcción de muchos palacios romanos los arquitectos habían de contentarse con solares oblicuos y sinuosos; pero sabían vencer las dificultades y en terrenos estrechos e irregulares erigir obras nobles y monumentales. Un brillante ejemplo de cómo puede utilizarse la tortuo-

(1) Juicio de Ranke (I⁸, 307). Cf. ahora también Orbaan, Documenti, XVIII.

(2) Architetto generale; v. Fontana, II, 16.

(3) Cf. el interesante artículo de A. Moroni: Vie, voci e viandanti della vecchia Roma, en la N. Rassegna, 1894, I, 407 s.

(4) V. láminas 1-2 en v. Pastor, Roma al fin del Renacimiento 4-6, Friburgo, 1925.

sidad de una calle para un motivo de sumo atractivo, ofreció Baltasar Peruzzi en la edificación del Palacio Massimi. El tipo del palacio romano propiamente dicho no se formó sino poco a poco; hasta el quinto decenio del siglo XVI Roma permaneció siendo el «mayor teatro de cambios de ideas arquitectónicas». De influencia importante fué el Palacio Farnesio empezado en 1534; si se quiere hablar de un tipo de palacio romano, lo es antes que ninguno el aquí expresado. Su patio competía con el más hermoso de la ciudad, el de la Cancelaría; su escalera es la primera enteramente cómoda y ancha, cual correspondía a la ciudad de las ceremonias (1).

Una propiedad de la forma de la ciudad de Roma necesita aún que se haga resaltar de un modo especial. En todas las ciudades de la Europa de entonces su recinto se hallaba determinado por los muros que la rodeaban; dentro de este cerco protector estaban las casas, comúnmente estrechas y densamente apiñadas. Muy diferentemente en Roma. Del muy extenso terreno que abarcaba el enorme circuito de los Muros Aurelianos todavía mantenidos en pie como fortificación, dos terceras partes se hallaban del todo inhabitadas. La ciudad propiamente dicha se apiñaba en un espacio relativamente muy pequeño, en la parte baja que hay entre el Tíber, el Pincio y el Capitolio (2). La causa por que las viviendas se arriaban lo más posible al río, estaba en que el Tíber entonces no solamente formaba un importante vehículo de comunicación, sino también suministraba a la población el agua necesaria (3). La ciudad propiamente dicha se extendía a la orilla izquierda del Tíber; a la derecha estaban el Trastévere y la ciudad leonina con la iglesia de San Pedro y la residencia del Papa.

Al tiempo del Renacimiento ya no satisfacía la forma medioeval de Roma. Por medio de los humanistas los hombres se habían familiarizado con los diseños urbanos regulares de los antiguos. Como todo lo que se conocía de la antigüedad, también esta forma pareció ser un modelo digno de procurarse con todo esfuerzo. Quizá todavía fué más importante el que toda la dirección de la nueva manera de edificar del Renacimiento siguiese lo regular y por eso también precisamente exigiese calles que se cortasen en forma rectangular y plazas correspondientes. Pero la rectitud parecía

(1) V. Burckhardt, Historia del Renacimiento³, 199 s., 201 s., 205 s., 207.

(2) V. v. Pastor, Roma a fines del Renacimiento, 88 s.

(3) V. ibid., 90 s.

impuesta no sólo por motivos de belleza, sino también de conveniencia. Por eso durante todo el siglo xv se advierte en las más importantes ciudades de Italia un ardoroso conato de ensanchar y enderezar las calles estrechas y tortuosas, así como de abrir nuevas plazas o agrandar las existentes. En relación con la nivelación de las calles estuvo el comienzo de su empedramiento (1).

La Ciudad Eterna por efecto del destierro de los Papas en Aviñón y de las revueltas anejas al gran cisma siguió relativamente tarde este movimiento. También el cambio de los pontificados y la brevedad de muchos de ellos formaron un impedimento para ello. Así quedó sin ejecutar el grandioso plan que concibió Nicolás V, de una completa reconstrucción de la ciudad leonina según el espíritu del Renacimiento, por la que fuese convertida en una residencia monumental (2). Sólo a Sixto IV, con quien comienza en general una nueva época, fué concedido dar comienzo a la transformación de la Ciudad Eterna y traer de nuevo luz y aire y con esto mejores condiciones de salubridad al laberinto de calles de la Roma medioeval como ahilada. Él hizo empedrar y ensanchar las calles más importantes quitando los salidizos y las casas que estaban más afuera que las otras. Además de la calle del Peregrino, que llevaba al Campo de las Flores, en la ciudad leonina a las dos calles antiguas juntó todavía una tercera, que primitivamente llevó su nombre, la cual se extendía desde los fosos del castillo de San Ángel hasta la gran puerta del palacio pontificio (hoy Borgo San Ángel) (3). Como tampoco esta vía pública era suficiente para la enorme afluencia de gente que iba al Vaticano y a la iglesia de San Pedro, Alejandro VI añadió todavía una cuarta calle paralela, la Via Alejandrina, hoy Borgo Nuevo (4). Julio II terminó esta vía pública, que ha seguido siendo hasta el presente la arteria principal de la circulación en esta parte de la ciudad. El grande Róvere mejoró también otras calles y plazas de la ciudad propiamente dicha, donde todavía hoy una magnífica inscripción alaba su actividad en suprimir las calles demasiado estrechas e irregulares (5). Pero su hecho principal

(1) V. G. Weisbach, *Arquitectura urbana en los Anuarios prus.*, CLVII, 81 s.; Burckhardt, loco cit., 299 ss. y Weisbach, *La ciudad italiana del Renacimiento*, Leipzig [1923].

(2) Cf. nuestros datos del vol. II.

(3) Cf. nuestros datos del vol. IV.

(4) V. nuestros datos del vol. VI.

(5) V. v. Pastor, *Roma a fines del Renacimiento*, 26 s.

fué la construcción de la Via Julia, que partiendo del Puente Sixto se prolongaba en rigurosa línea recta paralelamente al Tíber, al cual llegaba junto a las ruinas del antiguo Puente Triunfal. Por esta comunicación de la antigua ciudad con la iglesia de San Pedro y el Vaticano recibió la residencia de los Papas la primera gran calle del Renacimiento, cuya dignidad debía hallar su expresión en nuevas construcciones monumentales (1).

León X, que renovó las ordenaciones de Sixto IV sobre la supresión de los salidizos, comenzó en la parte norte del Campo Marcio la apertura de las tres calles que llevaban a la Plaza del Pueblo, las cuales terminó Clemente VII (2). De una manera semejante Paulo III después de curar los daños del saco de 1527, además de la única gran vía de comunicación que existía anteriormente desde el Puente de San Ángel hasta el interior de la ciudad, abrió todavía otras dos, la Via di Panico y la Via Paula que desembocaba en la Via Julia, de modo que también desde este sitio tres calles iban a parar al cuerpo de la ciudad. La ulterior actividad de Paulo III y de su consejero Latino Juvenal de' Manetti para la regulación de las calles de Roma, especialmente la Via Triumphalis, construída en el año 1535 con ocasión de la visita de Carlos V, desde la Puerta de San Sebastián por el Foro y desde allí a la Plaza de San Marcos, era aún más importante que las empresas de Sixto IV (3). En el pontificado del Papa Farnesio cae también la transformación del Capitolio, hasta entonces todavía enteramente medioeval, llevada a cabo por Miguel Ángel, la cual tenía una importancia ejemplar aun en lo tocante a arquitectura urbana (4). Debido al estrecho entendimiento de los conservadores romanos frustróse por desgracia la completa ejecución del diseño de Miguel Ángel, en el cual para asegurar una impresión enteramente armónica todos los miembros del conjunto «están puestos en relación entre sí y trabados unos con otros de la más diversa manera, teniéndose cuenta con el terreno, las perspectivas y sus faltas de orden y los efectos de luz y sombra. La gradería de entrada, introducida en el edificio general, del cual formaba parte, da paso al mismo tiempo a los contor-

(1) V. nuestros datos del vol. VIII. Cf. también H. Volkman, *Construcciones de calles en Roma desde el Renacimiento*, en la revista «La construcción de ciudades», Berlín, 1907, 87.

(2) Cf. nuestros datos del vol. VII y del vol. X.

(3) Cf. nuestros datos del vol. XII. V. también Lanciani, II, 236.

(4) V. nuestros datos del vol. XII. Cf. Bergner, *La Roma barroca*, 40.